



HANS BIEDERMANN

DICCIONARIO DE SÍMBOLOS

con más de 600 ilustraciones



HANS BIEDERMANN

DICCIONARIO DE
SÍMBOLOS

CON MÁS DE 600 ILUSTRACIONES



PAIDÓS

Barcelona
Buenos Aires
México

Abeja. Muy pocos animales desempeñan en el simbolismo un papel tan grande como este insecto formador de Estados o repúblicas. Ya en las épocas más remotas de la Antigüedad se recolectaba la miel de abejas silvestres. Pronto se descubrió también la posibilidad de la apicultura y con ello se logró un gran progreso en asegurar la subsistencia. La *miel* servía no sólo para endulzar y fermentar, sino también para la elaboración de medicamentos, de cera para fabricar velas; y más tarde, también para la fusión de metales en la «forma perdida» (*à cire perdue*), y en Egipto para la momificación de cadáveres. Allí la apicultura se conocía ya hacia el año 2600 a.C., y la abeja era el símbolo jeroglífico del reino del Bajo Egipto. En la India, donde la recolección de miel silvestre es productiva, la apicultura no hizo progresos; en cambio, es muy antigua en la China. Como la palabra para abeja («feng») suena de un modo parecido a la que designa la «dignidad de conde», es lógico relacionarla con la escala de las carreras. Por lo de-



más, la abeja era menos símbolo de la diligencia que imagen del joven enamorado que revolotea alrededor de las muchachas. También en ciertos cuentos chinos, las abejas ayudan, como en Europa, a descubrir la novia adecuada. En Occidente, la abeja suele denominarse «pájaro de María» o «pájaro de Dios» y equivale a símbolo del alma. El que ve en sueños una abeja tiene ante los ojos la proximidad de la muerte, el alma que se aleja zumbando. Pero si a un muerto le entra volando una abeja en la boca, vuelve a vivir. «Camino de las abejas» era como los antiguos germanos describían el aire henchido de las almas de los muertos. En el ámbito del Mediterráneo reinaron a menudo curiosas ideas sobre la vida de las abejas; se las consideraba carentes de sexo, y se decía que se originaban de cuerpos de animales en descomposición, no tenían sangre y no respiraban. Comparaciones antropomorfizantes designaban a las abejas como valientes, castas, diligentes, limpias, viviendo en armonía en su república y dotadas de sentido artístico («pájaros de las musas»). Los sacerdotes y sacerdotisas de Eleusis se llamaban «abejas». Como el descanso invernal de las abejas se equiparaba a la muer-

Abeja: cobre-emblema de W. H. Barón de Hohberg, 1675



Die Bienen eifrig sind der blumen saft zu finden
daher voll honig wird ihr wachern königreich:
Also wo einigkeit die Herzen kan verbinden
da blühet süsse frucht u. nützbartkeit zugleich.



Abeja en una moneda de la antigua Éfeso, símbolo de la diosa-madre

te, se las consideraba también símbolo de la resurrección.

La iconografía cristiana no pudo escapar a estas comparaciones. Se tuvo por modélico el carácter infatigable de la abeja en el trabajo para su comunidad. San Ambrosio comparó la Iglesia con la colmena, y a los piadosos miembros de la comunidad con las abejas, que de todas las flores sólo recolectaban lo mejor y evitaban el humo de la soberbia. La idea de que las abejas vivían sólo del olor de las flores hizo de ellas un símbolo de la pureza y de la continencia; para Bernardo de Claraval eran un símbolo del Espíritu Santo. En el ámbito profano se consideró a la abeja como símbolo real, porque se tuvo a la *reina* de las abejas por *rey* durante mucho tiempo. El *lirio* o flor de lis del escudo de Francia se ha hecho derivar hipotéticamente de la imagen estilizada de una abeja. La dulzura de la miel convirtióse en símbolo de la elocuencia «dulce como la miel» de san Ambrosio y de san Juan Crisóstomo («boca de oro»). Como símbolo de Cristo sirvió también la dulzura de la miel (clemencia), aunque en unión con el agudo agujijón en el Juicio final. La idea, tomada también de la Antigüedad, de que las abejas no engendran ellas mismas su prole, sino que la recogen de las flores visitadas por ellas, hizo de la abeja también el símbolo de la Virgen María.

Algunos bestiarios medievales han descrito también el «arte y la gracia de la estructura del panal, los regulares hexágonos de las celdillas que ellas (las abejas) delimitan con dura cera y llenan de miel que fluye del rocío que traen de las flores... La miel beneficia en agradable conformidad tanto a los reyes como a los hombres corrientes. No sirve únicamente al goce, sino también a la salud, es dulce para el paladar y curativo para las llagas. Así, una abeja es ciertamente pobre en fuerzas, pero, en cambio, fuerte por el poder de la sabiduría y el amor de la virtud» (Unterkircher). «Las abejitas son diligentes en encontrar el jugo de las flores, y por ello crecerá su reino lleno de miel; así pues, donde la concordia une los corazones, allí florece al mismo tiempo el dulce fruto y la utilidad» (Hohberg, 1675). En heráldica aparece la abeja generalmente en figura múltiple, por ejemplo, en el escudo de la familia corsa de Bonaparte, como símbolo de sentido del orden y la diligencia. En el antiguo Egipto, el rey del Bajo Egipto era «aquél que pertenece a la abeja», como el junco era símbolo del rey del Alto Egipto.

Abraham, patriarca bíblico que, según los relatos del Antiguo Testamento y según el cálculo cronológico, vivió hacia 1800 o 1400 a.C. Probablemente era un pastor y cabeza de tribu en la región de alrededor de Hebrón y en torno a su figura se entretejen muchas leyendas. El nombre Abram o Ab-raham significa «el padre es ensalzado» o «él es ensalzado con respecto al padre». Abraham es considerado como patriarca de Israel, el cual, mediante su vocación y por haber concertado una alianza con Dios, se convirtió en portador de la revelación y de la salvación, «la roca de la que fue tallado el pueblo» (Isaías 51,1). «Los números relativos a la vida de Abraham —a los



Abraham: sacrificio de Isaac. Mosaico en el pavimento de la sinagoga de Bet-Alfa (Israel), siglo vi d.C.

75 años la emigración, a los 100 el nacimiento del hijo de la promesa, a los 175 la muerte— fueron elegidos idealmente, pero no cronológicamente... Si Abraham no hubiese tenido fe, la historia de la religión hubiese discurrido de otra manera... La posición clave de Abraham nos dice... que Dios no da su revelación a cada individuo, sino a un ancestro que la transmite a su comunidad y con ello asume la responsabilidad por todos» (Schilling en J. B. Bauer, 1959).

En el Nuevo Testamento se dice como comentario que no es la descendencia física la que es relevante, sino la espiritual y moral, como predica Juan el Bautista: «No penséis que debáis decir entre vosotros: tenemos a Abraham por padre. Yo os digo: ¡Dios puede de esas piedras suscitar hijos a Abraham!» (Mateo 3, 9), interpretado en el sentido de que Dios no está ligado al pueblo de Israel, sino que incluso de unas piedras inertes (los gentiles) puede crear sucesores. Según la tradición islámica, Abraham fue muerto por el rey *Nemrod*, a quien una profecía había advertido acerca del nacimiento de un niño de este nombre que había de ser superior a los dioses y a los *reyes*. Abraham fue engendrado por el *ángel*



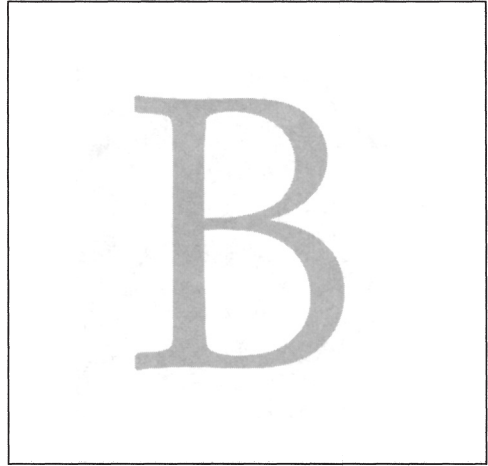
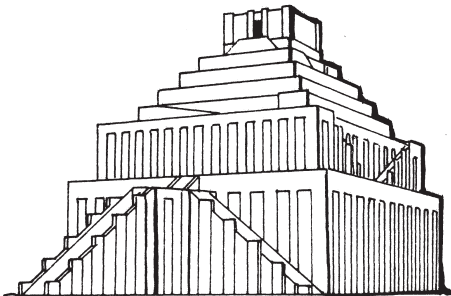
Abraham ofreciendo a su hijo Isaac. Ilustración de la Biblia, siglo xvi

Dschibril (Gabriel) y escondido por su madre en una *cueva* durante 15 años y fue alimentado por los dedos de Alá, de los cuales recibió *agua*, *leche*, zumo de dátiles y leche cuajada, hasta que fue lo suficientemente mayor como para abandonar la cueva y llegar al conocimiento del Creador. Una leyenda de parecida temática se encuentra entre las leyendas de los judíos (E. bin Gorion, 1980).

Abraham, seno de, símbolo de la seguridad que encuentra en la protección de un patriarca el hombre que confía en Dios. Muchas esculturas románicas y del gótico primitivo (Moissac, Reims, Notre-Dame de París, etc.) muestran al patriarca bíblico que sostiene sobre sus rodillas un paño en el que se hallan sentadas, como niños pequeños, las almas de los fieles justificados. En tanto que de ordinario se asocia «seno» o regazo a lo femenino y al seno materno, en Occidente suscita especial atención la idea judaico-tardía del «seno del patriarca», del padre primigenio tratado con especial respeto en el *Paraíso* y ya en la tierra bendecido con riquezas y una gran descendencia. El propio Abraham es también apreciado en la tipología medieval que ve en el Antiguo Testamento simbólicamente prefigurados sucesos del Nuevo. El hecho de que Abraham estu-

Babel, torre de, denominación del *templo-zigurat* de la ciudad de Babilonia, Etemenanki (piedra fundamental del cielo y la tierra), quizá también de una construcción parecida, de 50 metros de altura, en Borsippa (hoy Birs Nimrud), al sur de Babilonia, santuario del dios Nabu o Nebo, dios babilonio de la sabiduría y del arte de la escritura. Borsippa estaba unida a Babilonia por un canal. La bíblica «construcción de la torre de Babel» simboliza la «hybris», la arrogante manía de grandezas del ser humano que con sus medios terrestres quiere tomar el cielo por asalto, y, desde el punto de vista bíblico, un intento desmedido y desesperado de la humanidad de «restablecer, en caso necesario, contra la voluntad de Dios, el eje entre el *cielo* y la *tierra*, roto por la caída en el pecado» (Lurker, 1987); véase *eje del mundo*. Una leyenda judía del Talmud indica como la causa del castigo divino el desprecio de las vidas humanas por parte de los constructores: un obrero de la construcción cayó del andamio desde una altura extraordinaria y encontró la muerte, dice la leyenda, pero «los arquitectos están completamente obsesionados por sus preocupaciones y el deseo de terminar rápidamente la obra con la que quieren hacerse famosos. Por esto apenas dan im-

Babel, torre de: reconstrucción de la construcción del zigurat según el estado en que se encontraba en el siglo VI a.C.



portancia al accidente, se limitan a hacer retirar el cadáver, sin interrumpir el trabajo. Unos pocos días después se afloja una piedra y cae al suelo una porción de muro. Entonces los constructores se lamentan, piensan en el tiempo perdido y quizás en sus costes. La piedra que se desprende es para ellos más importante que un trabajador que se mata al caer. Ésta es una de las razones por las que Dios se decide a castigarles» (R. Aron, 1973). El nombre bíblico de Babel se relaciona, mediante la raíz verbal «bll» (confusión), con la leyenda de la formación de lenguas diversas en el seno de la humanidad, con lo que se impidió para siempre la realización temeraria del propósito de asaltar el cielo. El milagro de Pentecostés, la bajada del Espíritu Santo (véase *lengua*), es símbolo de la facultad del hombre inspirado por Dios de dominar espontáneamente lenguas extranjeras y superar las fronteras existentes en el Nuevo Testamento. El *simbolismo francmasónico* relaciona con la construcción de la torre de Babel, entre otras cosas, la posterior difusión de la arquitectura por todos los países de la tierra. Una instrucción a «hermanas» masonas (Baurnjöpel, 1793) interpreta la referencia a la cons-



Babel, torre de: incompleta a causa de la discordia. J. Boschius, 1702

trucción de la torre moralmente como símbolo de la soberbia «de los hijos de la tierra, construcción que sólo puede emprenderse seguramente cuando se hace con un corazón razonable y sincero». El esperanto, la lengua (artificial) mundial,

Babel, torre de: la torre babilónica como construcción en espiral. G. Doré (1832-1883)



es un intento francmasónico de superar la confusión de las lenguas; en el año 1905 se fundó el «esperanto-fremasona» para hacer olvidar racionalmente las separadoras fronteras del lenguaje.

Babilonia, uno de los más importantes centros culturales del antiguo Oriente, situado junto al curso inferior del río Éufrates. El nombre antiguo era Bab-ilu o Bab-ili, *puerta del cielo* o de los dioses. En la Biblia se habla de «la gran ramera Babilonia», porque ésta representa la potencia enemiga que, bajo el rey Nabucodonosor II, en el año 598 a.C., saqueó *Jerusalén* y llevó a la mayor parte de su pueblo al «cautiverio babilónico», en el que, hasta su regreso, lloró a la patria perdida. El rey reconstruyó el recinto



Babilonia, la ciudad de Satán, lucha contra la ciudad de Dios. Detalle de la edición de Basilea, 1489 del «De civitate Dei» de san Agustín

de templos Esagila con el *templo-torre escalonada* Etemenanki y con ello, a los ojos de los judíos, sirvió llamativamente a la «idolatría». El profeta Isaías (14, 13-14) pone en boca del orgulloso rey babilónico las palabras siguientes: «Quiero subir al cielo y levantar mi trono encima de las estrellas de Dios, quiero sentarme en la montaña de la Congregación (la montaña de los mundos) en el lejano

norte. Quiero viajar por encima de las altas nubes y ser igual al Altísimo». Esta «hybris» (arrogancia desmedida) y el oprobioso cautiverio para los judíos duraron hasta la derrota del rey babilónico Bel-schar-usur (Belsazar) por los persas, en 550 a.C., con lo cual tocó a su fin el exilio de los judíos. Pero Babilonia permaneció como símbolo de los abominables cultos: «Del vino de su fornicación fueron embriagados todos los habitantes de la tierra». En el Apocalipsis de Juan es Babilonia la contraimagen de la ciudad santa *Jerusalén* y se la representa por una mujer vestida de escarlata y púrpura, con una copa llena de inmundicias y atrocidades en la mano, «ebria de la sangre de los santos y de los testigos de Jesús». Aquí, ciertamente Babilonia es todavía sólo una denominación enmascarada de Roma, la capital del mundo antiguo en la época del vidente.

Baco, se transformó del antiguo dios del éxtasis de la embriaguez en un símbolo y en una figura distintiva de tabernas y mesones, junto con un «dios de la cerveza», Gambrinus, que no posee ningún prototipo antiguo. Baco o Dionisos era,

según el mito, un hijo de Zeus, creador de la *vid* y remediador de preocupaciones, que, con su cortejo de *sátiros*, silenos y ménades (mujeres furiosas en éxtasis), recorría las tierras. Sus atributos eran la parra y la cepa, así como el *tirso*, y junto a él se representaba a animales vitales como *machos cabríos* y *toros*. Mitos acerca de su muerte, con la figura de «Zagreus», y su renacer le sitúan en la línea de las figuras divinas que mueren y resucitan. El nombre Dionisos en la forma di-wo-no-so-jo aparece documentado en las tablillas de arcilla de la escritura creto-micénica «lineal B» en la época preclásica. La forma del nombre Bakchos, de la que se desarrolló el nombre latino de Bacchus, es posible que proceda de Lidia (Asia Menor). (Véase *Rayo*.)

Balanza, no solamente símbolo de un signo del zodiaco (libra), sino en general símbolo de la justicia y del recto comportamiento; en muchas culturas, símbolo de la jurisdicción, de la justicia terrenal, de la Justicia con los ojos vendados que al sopesar la culpa no se deja influir. También en el *más allá*, según la doctrina de la retribución ética de muchas religiones,

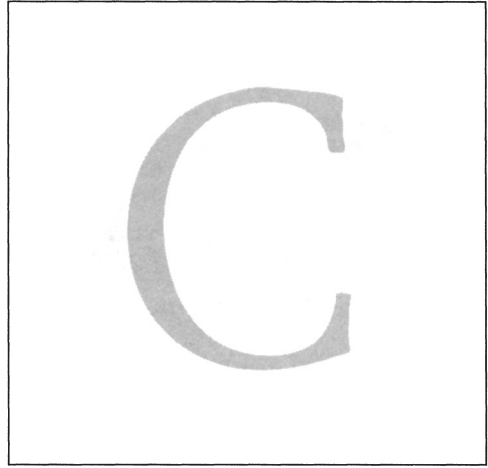
Baco como dios ebrio y su cortejo, V. Cartari, 1647



Balanza y fasces, atributos de la justicia. V. Cartari, 1647



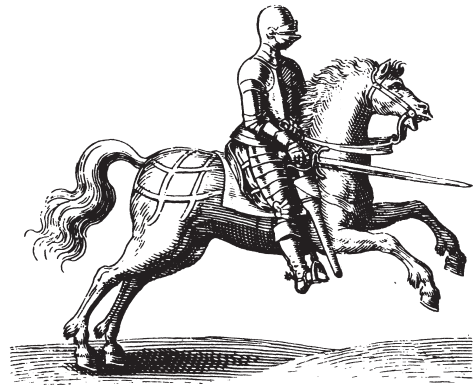
Caballero, miembro de una clase de guerreros, orden o grado de nobleza con un determinado código de honor y un modo de comportamiento establecido convencionalmente, hoy elevado a símbolo mediante el concepto de «caballerosidad». La clase de los caballeros de la antigua Roma distinguía entre «equites equo publico», jinetes con *caballo* procurado por el Estado, y «equites equo privato», que podían proporcionarse el caballo y los pertrechos. El «*eques romanus*» se convirtió en la época del florecimiento del Imperio cada vez más en una clase privilegiada a la que pertenecían, junto con los oficiales, terratenientes, oradores y gramáticos. En la época imperial se reforzó la importancia de los *equites romani*, vinculados al *emperador* y salidos del patriciado y de la nobleza, que fueron elevados a la condición de prefectos, procuradores y otros altos funcionarios del Estado y en el siglo II d.C. se convirtieron en los puntales de la burocracia imperial. En la Edad Media, bajo el término de «caballero» se entendía ante todo el perteneciente a la clase del soldado profesional que se unió a cada uno de los *reyes* y a partir de la cual se desarrollaron hacia el año 1000 las formas actualmente corrientes de la caballería. Al principio la dignidad de caballero no era hereditaria, sino que debía adquirirse me-



dante acciones propias y las distinciones que de ellas se derivasen. No fue hasta 1186 que empezó la nobleza hereditaria, distinguiéndose entre una caballería dependiente directamente sólo del emperador y una caballería indirecta (rural). La educación empezaba a los siete años de edad como paje, que a los catorce era elevado a escudero y generalmente era «armado caballero» a los veintiún años. Para esta ceremonia, llamada *acolada*, se le colocaba sobre el hombro o sobre la nuca la espada plana. Un episodio de la guerra de los cien

Caballero: jinete con armadura de la obra de Wallhausen «*Kriegskunst zu Pferdt*», 1616

Caballero luchando contra el dragón. Historia de Tristán e Isolda, 1484





Was hißte der harmliche, und auß so starken yerden
 einander greiffen an, zu gründe beide gehn:
 wer sich auß eitle macht verlasset diser erden
 und nicht auß Gott allein, muß bald sein ungluck sehn

Caballero: símbolos del «vano poder». W. H. Barón de Hohberg, 1647

años (véase *doncella de Orleans*) ilustra la importancia de este ritual: un pequeño hidalgo de provincia se disponía a prender al conde de Suffolk. Éste le preguntó si era un auténtico caballero, y al no serlo le dio la acolada y después de esto se dejó prender. Le repugnaba dejarse prender por un hombre de rango inferior. En el ámbito bávaro-austríaco, «caballero» (Ritter) era la denominación de un grado de nobleza entre «barón» (Freiherr) y el noble sin título. En Inglaterra, el *rey* (o la *reina*) concedían de por vida el título de «knight», casi siempre junto con una condecoración superior (tratamiento de «sir»). También suelen denominarse caballeros los que se hallan en posesión de la orden de la Casa Real y de la corte o de diversas órdenes del mérito (cruces de caballero).

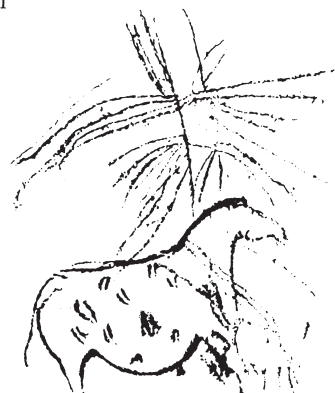
Caballo, desde el punto de vista simbólico personificación de fuerza y vitalidad a un nivel superior al del bóvido (el *toro*). Ya en el arte de las cavernas de la época glacial constituyen los équidos y los bó-

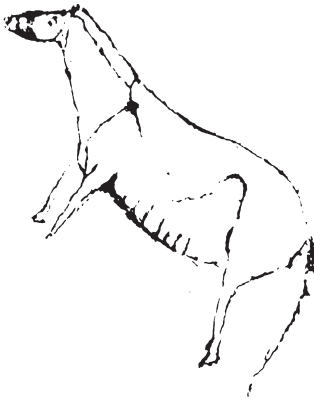


Caballero: san Jorge como el caballero matador del dragón. Leyenda de Santos de W. Auer, 1890

vidos salvajes los motivos más importantes de la pintura, y se ha supuesto que estas dos especies animales formaban parte de un programa dualístico de los pintores prehistóricos (A. Leroi-Gourhan, entre otros). La doma del caballo no se efectuó hasta milenios más tarde en Europa oriental o en Asia central, con lo cual los pueblos nómadas de jinetes

Caballo: yegua salvaje preñada bajo la red (?). Pintura rupestre, cueva La Pileta, Andalucía, época glacial





Caballo: pintura de la época glacial con el contorno de un caballo, cueva «Las Monedas», España (prov. Cantabria)



Caballo: relieve galorromano de la diosa celta de los caballos Epona, Briganza (Vorarlberg)

inquietaban a los sedentarios establecidos a orillas del mar Mediterráneo (véase *Centauros*). Como animal originariamente misterioso se le relacionó muchas veces con el mundo de los muertos (*ejército salvaje*) y se le subordinó a éstos, pero posteriormente, a causa de su rapidez y capacidad para el salto ascendió también a la categoría de símbolo *solar* o a la de animal de tiro del *carro* celeste (de Apolo, de Mitra, del carro de fuego de Elías). Muchas veces el contenido simbólico permaneció ambiguo, como lo indican por un lado el caballo de radiante blancura del «Christus triumphator», y por otro las monturas de los «jinetes apocalípticos» (Apocalipsis de Juan). Los Padres de la Iglesia atribuyen al caballo soberbia y lujuria (dicen que relincha con lascivia cuando ve una mujer); pero al propio tiempo aparece como símbolo de la victoria (por ejemplo, de los mártires sobre el mundo). El aspecto positivo ya se anticipó en la Antigüedad clásica mediante el caballo *alado Pegaso*. En algunos *cuentos* aparecen muchas veces los caballos como seres que conocen hechizos y hacen predicciones, que hablan con voces humanas y procuran buenos conse-

jos a las personas que confían en ellos. Como santos jinetes de la leyenda cristiana aparecen, entre otros, san Jorge, que mató el *dragón*; san Martín, el que compartió su *capa*; san Huberto y san Eustaquio. En unos cuadros de la Crucifixión, los caballos que sirven de cabalgadura a los romanos, con la cabeza que apartan de la figura de Cristo, señalan hacia la incredulidad de sus jinetes. Los cráneos de caballo en los aguilones de las casas poseían una función apotropaica (que ahuyentaba la desgracia). El sacrificio germánico de caballos, unido al consumo de la carne del animal sacrificado, condujo a que esto fuera mal visto después de la cristianización y que todavía hoy se considere como algo «insocial». La simbología de orienta-

Caballo: relieve ibérico de piedra, santuario «El Cigarralejo» (prov. de Murcia). Hacia 380 a.C.

